

una novela de ansiedad basada en el asunto de la identidad personal. Este tipo de novela paulatinamente llega a ser dominante sobre la novela de protesta social y, al mismo tiempo, tiende a reafirmar el derecho del autor para inventar su propio mundo.

Es importante entender que no se trata del comienzo de un fenómeno donde terminó otro, sino de un proceso de cambios. Para fines de los años cuarentas, el papel del novelista como creador de un mundo ficticio es ampliamente claro. Los años cincuentas vieron un aumento general en la calidad de la novela —calidad basada en la conciencia del escritor de su papel como artista creador y en el refinamiento de técnicas narrativas que transforman la materia de anécdota en experiencia estética— [...]. El boom de los años sesentas no se relaciona con un cambio en la naturaleza de la novela hispanoamericana; marca un reconocimiento internacional de su cualidad. La novela continúa según las líneas manifiestas en los años cincuentas [...]. La innovación principal de los años sesentas se relaciona con la insatisfacción del hombre con las señas, los símbolos y las formas de la cultura que ha creado. Este ánimo ha producido la novela de la juventud disidente y aparentemente una anarquía en la creación de la ficción.

Esta conclusión general se completa con la observación de Raymond Williams, autor de la parte referente a los setenta, en el sentido de que esta década “no tuvo un efecto tan dramático como la de los sesentas. Lo que quizás sea sorprendente es la gran cantidad de novelas publicadas en este decenio: ninguna década en lo que va del siglo ha visto la publicación de tantas novelas”.

Dentro de la complicada trama, desplegada en ochenta años de este siglo, que se entreteje relacionando —por temas, trucos, tratamientos y tics— 541 novelas hispanoamericanas, se incrustan 69 novelas colom-

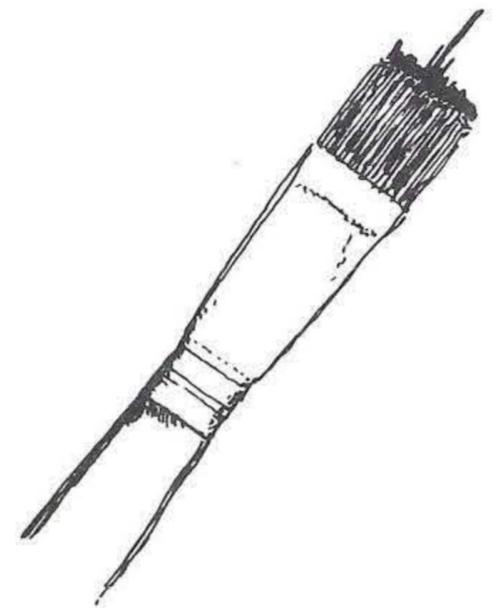
bianas, el 12,75% del total. Todas ellas aparecen en una muy útil lista final, elaborada en orden cronológico. Esta ordenación permite ver que 44 de las 69, casi las dos terceras partes, una abrumadora mayoría, fueron publicadas después de 1960. Esto se debe no tanto a que la calidad haya mejorado en la misma proporción, sino principalmente a dos hechos: primero, que el interés por García Márquez ha generado interés por Colombia y, segundo, que el autor de los últimos capítulos, Raymond Williams, es, precisamente, especialista en novela colombiana.

La ignorancia del panorama general —integrado por el respetable corpus de 541 novelas— sólo permite modestas observaciones del habitante del bosque, del que sólo ve árboles: con respecto a Colombia, habría que decir que la novela *Cada voz lleva su angustia* es de Jaime Ibáñez y no de Jorge Ibáñez, como se persiste en decir tres veces. Y que si es cierto, como decía Álvaro Cepeda Zamudio, que “todos venimos del viejo Fuenmayor”, por lo menos para efectos locales, no se debió olvidar al autor de *Cosme*. Por lo demás, con respecto a nuestras novelas, lo novedoso del libro de Brushwood consiste en las comparaciones que establece. Veamos algunas, que incrustan la novela colombiana dentro del conjunto de nuestro continente.

Refiriéndose a *La marquesa de Yolombó*, de Tomás Carrasquilla, Brushwood dice que “es dudoso que la novela difiera de manera fundamental en su técnica de las que fueron escritas durante los mismos años por Carlos Loveira, Manuel Gálvez y Joaquín Edwards Bello”. *Mancha de aceite*, de César Uribe Piedrahíta, se inscribe dentro de un conjunto de novelas de protesta producidas por el “descubrimiento del petróleo en Latinoamérica”. Años más tarde, “la angustia de la experiencia de la alienación es particularmente fuerte en dos novelas publicadas en 1948: *El túnel*, de Ernesto Sábato, y *Yugo de niebla*, de Clemente Airó”. El año de publicación es apenas la primera coincidencia que Brushwood encuentra entre *En Chimá nace un san-*

to, de Zapata Olivella y *Todas las sangres*, de José María Arguedas. Y años más tarde, los parentescos de *Que viva la música* de Andrés Bello se hallan con las obras de los mexicanos Gustavo Saiz y José Agustín. En todo caso, enteramente nuevas referencias, evidencia de que pertenecemos a una totalidad que ignoramos y que, si conociéramos, sería otra forma de conocernos a nosotros mismos.

DARÍO JARAMILLO AGUDELO



La lupa sobre cincuenta años de “la bella villa”

Cosas viejas de la Villa de la Candelaria
Lisandro Ochoa

Colección Autores Antioqueños, vol. 8.
Medellín, 1984

De todo el maíz —arrume folclórico—
Benigno A. Gutiérrez

Colección Autores Antioqueños, vol. 6.
Medellín, 1984

Los dos libros son de la nueva colección Autores Antioqueños, patrocinada por cuatro institutos descentralizados del departamento. En 1984 también se publicaron dentro de la colección: *Salomé* de Fernando González, *Ventarrón* de José Restrepo Jaramillo, *Sombrero de ahogado* de Jaime Jaramillo (inéditos ambos) y *Modernismo y poesía contemporánea* de René Uribe Ferrer (reimpresión). La edición estuvo a cargo de Miguel Escobar y un comité compuesto por representantes de las

NARRATIVA		RESEÑAS
<p>principales entidades del departamento.</p> <p>Lisandro Ochoa hace parte de la cosecha de cronistas que ha tenido Medellín. Quienes vivieron los treinta primeros años del siglo en la Villa de la Candelaria y la vieron transformarse en la primera ciudad industrial del país, dejaron un montón de huellas de sus reacciones e impresiones ante los bruscos cambios que presenciaron en la fisonomía urbana, así como de costumbres cotidianas que verían desaparecer durante el transcurso de sus propias vidas.</p> <p>Proliferaron en esos años los álbumes gráficos. En conmemoración del cumpleaños de la ciudad o de alguna de sus empresas, se publicaron álbumes en ediciones impecables y a veces lujosas, como los de la Sociedad de Mejoras Públicas de 1910, 1916, 1923, y libros con láminas y fotografías. A semejanza de las familias distinguidas de entonces, que guardaban celosamente su historia en álbumes familiares, parecía que la ciudad, orgullosa de su progreso, también hubiera querido preservar su imagen y su historia. Se dejaron, además, cuentos y cuadros de costumbres. En la solapa de <i>Cosas viejas de la Villa de la Candelaria</i> se menciona a José Antonio Benítez, Eladio Gónima, Agapito Betancur, Carlos J. Escobar G., José Montoya, Ricardo Olano, don Luis Latorre, Ricardo Uribe Escobar, Emilio Jaramillo, Enrique Echavarría, Sofía Ospina de Navarro, Luis Tejada, Horacio Franco, Tartarín Moreyra, Jorge Restrepo Uribe y Alberto Bernal Nicholls, formando parte de la tradición de cronistas de la ciudad.</p> <p>Estos eran hombres (y muy pocas mujeres) activos en industria, comercio y organizaciones cívicas, que miraron hacia atrás en los años cuarenta y cincuenta e hicieron memoria para luego registrar por escrito elementos de la vida urbana, de las costumbres y del aspecto físico del viejo Medellín. Por ellos podemos contar hoy con bastante información acerca de nuestra historia urbana reciente, aunque sea desigual la cantidad y la calidad según el tema: mucho sobre</p>	<p>diversiones, vestidos, transporte y servicios públicos y poco, por ejemplo, sobre la sexualidad.</p> <p>Entre aquellos que escribieron para contar cómo era la ciudad, sin ser escritores de profesión, está Lisandro Ochoa (1867-1948), comerciante, industrial y hombre cívico. Su libro es una colección de artículos escritos entre 1941 y 1948 y publicados ese mismo año, poco después de su muerte. Roberto Luis Jaramillo destaca en el prólogo la importancia de este testimonio, pues abarca setenta años de vida de la ciudad.</p> <p>Dentro del conjunto de libros que se refieren al paso de pueblo a urbe, el de Lisandro Ochoa se destaca porque con el salpicón de temas tratados presenta una buena panorámica de la ciudad. El transcurrir cotidiano, los oficios, las calles, las celebraciones colectivas están consignadas aquí. Organiza datos sobre sastres, cafés, urbanizaciones, baños públicos, personajes locales, almacenes... sigue la lista en desorden alfabético en el índice, hasta completar los 57 títulos que conforman el libro. Cuántos eran, dónde quedaban, cómo trabajaban y otros datos presentados con economía de retórica.</p> <p>Pero si Medellín ha sido prolífico en cronistas, Antioquia no se ha quedado atrás. En la región, la conciencia de tener una peculiar identidad ha producido toda suerte de escritores sobre el tema, desde Tomás Carrasquilla, que es caso aparte, hasta aquellos que ensalzan al paisa en tono exclamativo entonando bien sea salves a la arepa o a la laboriosidad. También están quienes pacientemente se han puesto a recoger muestras de nuestra literatura y folclor, como Benigno A. Gutiérrez, nacido en Sonsón (Antioquia).</p> <p>Según cuenta Manuel Mejía Vallejo en el prólogo de <i>De todo el maíz -arrume folclórico-</i>, don Benigno fue "periodista, poeta, músico, tipógrafo, fotógrafo, dibujante en ratos libres y hasta compositor de aires tradicionales". Se interesó por recoger versos, adivinanzas, tonadas, leyendas, cuentos, léxico, danzas y "toda esa fantasía criolla, guachaqueada y psicológica, de trovas, levas y ca-</p>	<p>ñas...". Llegó a ser uno de los "más importantes e inteligentes compiladores del país". Ha publicado varios libros. El que nos ocupa es la cuarta edición de dos volúmenes publicados por primera vez en 1948: <i>De todo el maíz y Arrume folclórico</i> integrados en la presente edición en un solo tomo. Ha publicado también <i>Gente maicera</i> y <i>Ají pique</i> (1942).</p> <p>Parte del material del libro es transcrito del <i>Cancionero de Antioquia</i> de Antonio José Restrepo (3a. ed., 1930); la parte de los relatos populares es entresacada de escritos de famosos autores antioqueños: Tomás Carrasquilla, Euclides Jaramillo Arango y otros. El libro incluye trabajos de autores que han estudiado a la antioqueñidad o la han cantado, como la célebre <i>Memoria científica sobre el cultivo del maíz</i> "en climas cálidos del Estado de Antioquia por uno de los miembros de la Escuela de Artes i Ciencias..." de Gregorio Gutiérrez González, escrito en 1866, con notas de Roberto Jaramillo. Está también, de Jorge Isaacs, <i>La tierra de Córdoba</i>. El libro tiene de todo un poco, "como en botica": canciones de cuna, versos picantes, referencias a enfermedades, bebedizos y tratamientos.</p> <p>Los textos están dispuestos en dos columnas, con frecuentes cambios de letra, acompañados de ilustraciones de artistas como Pepe Mexía, H. Longas, Ignacio Gómez Jaramillo, Rendón, Francisco Cano, L. Vieco, H. Chávez, Pedro Nel Gómez y otros. Hay retratos de Jorge Isaacs, de Gregorio Gutiérrez González, de un prócer de la independencia. El segundo volumen trae índice; el primero, no. Hay algunas partes del libro —como las transcripciones de música— que no se alcanzan a leer muy bien y, si se ha visto la edición original, les hace falta el color. Sucede con frecuencia en reediciones que conservan el diseño original, sin ser estrictamente ediciones facsimilares, que no logran igualar la calidad de libros impresos hace treinta o cuarenta años.</p> <p style="text-align: right;">PATRICIA LONDOÑO</p>